

Título del original italiano: *Lo Giare*

Traducido de Wilfredo Ginepro

ADVERTENCIA: Con la presente obra ofrecemos una versión inédita en lengua castellana, que ha sido facilitada gratuitamente por Ediciones Losangos, que prevé la restitución de los derechos de autor y que le dará a conocer el próximo año en su colección usual, juntamente con "La mamá" y "La niña".

LUIGI PIRANDELLO



Luigi Pirandello (1876-1936) es, sin duda, el dramaturgo más destacado de la Italia del siglo xx.

Su obra es una curiosa mezcla de sátira, originalidad, ironía, efecto dramático. Su filosofía del teatro, en su caso también una filosofía de la vida, elimina frecuentemente la realidad estable —la verdadera identidad— de uno o más personajes como seres humanos y coloca a veces en primer plano la maquinaria de la dramaturgia, casi como si fuera ésta una finalidad en sí. La obra que primero llamó la atención fue *Il fu Mattia Perrone* (1904), que preparaba el terreno para otra de sus originales producciones. Entre las primeras de gran éxito figuran *Frenesi*, *Giocattolo* (1914), que establece ya situaciones típicamente pirandellianas. Más tarde dió a conocer *Tutto per bene* (1920) y otras. Escéptico en cuanto al teatro realista, así como crítico de la sociedad y de la personalidad fija que impone a los individuos, alcanzó fama internacional con *Lei personaggi in scena d'attoria*. Con esta obra quiere demostrar Pirandello que el teatro y la realidad no pueden encontrarse de verdad sin destruirse mutuamente.

De él dice Bontempelli: "... dando a ser, en el fondo, sincero, cándido; a distinguir la realidad de la apariencia, lo verdadero de lo falso, el odio del amor, a recoger el momento en que estos elementos opuestos coexisten y se complementan, ese momento que es la vida misma en su devenir". Honrado con el Premio Nobel de Literatura en 1934, no dejó de escribir hasta su muerte, acaecida en 1936. Meritó siempre uno de los dramaturgos más respetados del siglo.

LA TINAJA

PERSONAJES

DON LOLO ZEPARA.

El tío DOMA LEGARI, compositor de porcelanas y cerámicas.

ABOGADO SOMÉ.

LA MADRE TANÁ.

PAZI PÉ, poeta de granja.

TRUZZA, CARMEN, campesinas, cosechadoras de aceitunas.

Un malatiro.

NOCIARELLO, muchacho de 11 años, campesino.

La campiña siciliana en nuestros días.

DECORADO

Una plazoleta arbolada, delante de la casa de Don Lolo Zepara, en lo alto de la colina. A la izquierda, la fachada de la casa, rústica, de un solo piso. La puerta, de un rojo desvaído, está en el medio. Encima de la puerta hay un pequeño balcón; dos ventanas, arriba y abajo; la de abajo con barrotes. A la derecha un olivo retorcido y maduro; un banco de piedra y cemento lo ciñe en todo su contorno.

Más allá del olivar, la plaza se continúa por un sendero que desciende. Al fondo, otros olivos. Octubre.

Al levantarse el telón, PAZI PÉ está escuchando el cantar de las mujeres, que suben por el sendero de la derecha con los cestos repletos de aceitunas en la cabeza o apoyados en la cadera. De pie sobre el banco que rodea el olivo, les grita:

PAZI PÉ. — ¡O ohé! Cerraduras sin llave... ¡Y tú, mocososo, despacio por ahí!... ¡Cuidado con la carga, criatura de Dios!

(Las mujeres y NOCIARELLO suben por el sendero y dejan de cantar.)

TRUZZA. — ¿Qué te pasa, Pazi Pé?

MADRE TANÁ. — ¿Usted también aprendió a jurar?

CARMEN. — Pronto hasta los olivos se van a poner a maldecir en este valle.

PAZI PÉ. — ¿No pretenderán que las deje sembrar las aceitunas por el sendero?

TRUZZA. — ¿Sembrar las aceitunas? ¡Yo no he dejado caer ni una!

PAZI PÉ. — ¡Si don Lolo, Dios las libre y guarde, hubiera salido al balcón!...

MADRE TANÁ. — Puede quedarse en el balcón de la mañana a la noche... Cuando uno cumple con su trabajo no tiene nada que temer.

PAZI PÉ. — ¡Sí, sí, con todas cantando nariz al viento!

CARMEN. — ¿Qué? ¡Ahora tampoco se puede cantar?

MADRE TANÁ. — ¡Pero no! Sólo se puede jurar y blasfemar... Cualquiera diría que han hecho una apuesta entre el amo y el criado a ver quién los suelta más gruesos.

TRUZZA. — ¡Yo no comprendo cómo Dios todavía no ha fulminado su casa y su olivar!

PAZI PÉ. — ¡Vamos, basta, lenguas de víboras!... ¡Vayan a descargar sus accitunas y basta de charla!

CASERIN. — ¿Continuamos cosechando?

PAZI PÉ. — ¿Acaso es feriado para cesar el trabajo? Todavía hay luz como para dos viajes, por lo menos. ¡Vamos, vamos, rápido!

(Empuja a las mujeres y a NOCCARELLO. Una de ellas, al salir, retoma la canción con evidente propósito de fastidiarlo.)

PAZI PÉ (Se vuelve hacia el balcón y llama.) — ¡Don Loloco!

DON LOLO (Desde adentro). — ¿Qué hay?

PAZI PÉ. — Quiero recordarle que las mulas con el estiracol ya están aquí.

DON LOLO (Sale furioso. Es un hombre corpulento, de unos cuarenta años, con ojos de lobo desconfiado, irascible. En la cabeza, un viejo sombrero blanco de ala ancha. Anillos de oro en las orejas. Sin chaqueta, viste una camisa marrón a cuadros, abierta sobre el pecho sellado, las mangas arrolladas.) — ¿Las mulas? ¿A esta hora? ¿Dónde están? ¿A dónde las han llevado?

PAZI PÉ. — Están aquí, quédese tranquilo... Dígame si las hago descargar. ¿Y dónde?

DON LOLO. — ¿Dices descargar? ¿Sin que yo haya visto siquiera qué es lo que me traen?... En este momento no puedo, estoy hablando con el abogado.

PAZI PÉ. — ¡Ah, sí! ¿Por lo de la tinaja?

DON LOLO (Mirando de arriba abajo). — Dime, ¿quién te ha nombrado sargento?

PAZI PÉ. — Nadie... sólo quería decir...

DON LOLO. — No tienes nada que decir, sólo obedecer. ¿Quiéiera saber por qué razón ha germinado en tu cabeza que estoy hablando de la tinaja con el abogado?

PAZI PÉ. — Porque usted no se puede imaginar en qué estado de terror vivo por culpa de esa tinaja nueva, viéndola expuesta allí, al aire. (Hace un gesto hacia la izquierda, en dirección de la granja.) ¡Sáquela de ahí de una vez, por lo que más quiera!

DON LOLO (Gritando.) — ¡No y no! Te lo he dicho cien veces. Se queda ahí donde está. ¡Y que nadie la toque!

PAZI PÉ. — Con ese ir y venir de mujeres y chicos... ¡Y tan cerca de la puerta!

DON LOLO. — ¡Por la sangre de Cristo! ¿Te has propuesto hacerme perder la cabeza?

PAZI PÉ. — Con tal que no pase nada malo...

DON LOLO. — No quiero que me vengas con otras discusiones cuando estoy metido en una con el abogado. ¿Dónde diablos quieres que ponga esa tinaja? ¿En la bodega? No hay sitio si no se saca antes el viejo tonel, y yo no tengo tiempo de ocuparme.

(De la derecha viene el MULATERO.)

MULATERO. — Bueno... ¿Y dónde debo descargar el estírcol? Pronto será de noche...

DON LOLO. — ¡Ah, está ahí! ¡Ojalá San Aboes te rompa la nuca a ti y a tus mulas! ¿Estas son horas de venir?

MULATERO. — No pude venir antes.

DON LOLO. — Pues yo nunca compro gatos embobados. Quiero ver bien qué es lo que me has traído y que me descargues el abono en pequeños montones a lo largo de los olivos, como yo te diré. Y a esta hora es demasiado tarde.

MULATERO. — Pues yo le digo, don Lolo, que descargo en cualquier parte y me voy.

DON LOLO (*Desafiante.*) — ¡Inténtalo! ¡Quiero verte!

MULATERO. — Pues me verá en seguida.

(*Se encamina furioso hacia los animales.*)

PARI PÍ (*Reteniéndolo.*) — ¡Vamos, hombre, calma!

DON LOLO. — Déjalo hacer.

MULATERO. — Si usted es terco, yo lo soy más aún. No hay nada que hacerle. Con usted, cada negocio es una pelea.

DON LOLO. — Querido amigo, conmigo está esto. ¡Mira! (*Saca del bolsillo un librito flexible, encuadernado en rojo, que pone ante sus ojos.*) ¿Sabes lo que es esto? ¿Pensarían que se trata de un misal? No, es el Código Civil. Me lo regaló mi abogado, que se encuentra pasando una temporada aquí. He aprendido a leer en él, ¿sabes? Es este un precioso librito; ahora, nadie podrá envolverme nunca más. Nadie. ¡Ni el mismo Dios Padre! Todo está previsto aquí dentro, un caso tras otro, y en cuanto al abogado, yo lo pago por año.

PARI PÍ. — Justamente, ahí viene.

(*Por la puerta de la casa sale el abogado SCISKI, con un viejo sombrero de paja y un diario desplegado.*)

SCISKI. — ¿Qué pasa, don Lolo?

DON LOLO. — Doctor, este marrullero llega de noche con sus mulas a traerme el estírcol para mi sembrado, y en lugar de disculparse...

MULATERO (*Tratando de interrumpirlo, se vuelve hacia el abogado.*) — Ya le dije que no pude venir más temprano.

DON LOLO. — Él me amenazó...

MULATERO. — ¿Yo? ¡Pero no es cierto!...

DON LOLO. — Sí, tú; me amenazaste con descargarlo en cualquier parte, detrás de la pared...

MULATERO. — Pero fué porque usted...

DON LOLO. — ¿Yo, yo qué? Quiero que sea descargado en el lugar, como se debe, en montones bien iguales...

MULATERO. — Entonces, ¿por qué no viene usted? Todavía quedan dos buenas horas de luz. (*Al abogado.*) Señor abogado: lo que pasa es que él quisiera reviar contra por contra... Si usted lo conociera...

DON LOLO. — Deja al abogado tranquilo. Está en la casa para defender mis pleitos, no los tuyos. (*Al abogado.*) No le haga caso, doctor. Váyase por ese sendero, como de costumbre. Siéntese a la sombra de las moreras

y lee tranquilamente su diario. Volveré más tarde y seguiremos hablando de la tinaja. *(Se vuelve hacia el mulatero.)* Vamos, ¿cuántas mulas me trajiste?

(Se encamina hacia la derecha, hablando con el MULATERO.)

MULATERO *(Síguéndolo.)* — ¿No arreglamos que trajera doce? Pues *(Sale don Lolo hacia detrás de la granja. El asomado SCARÉ levanta los brazos al cielo y los agita en el aire.)*

levanta los brazos al cielo y los agita en el aire.)

SCARÉ. — ¡Ay! Mañana al alba regreso a mi casa. Esto es una tortura.

PAPE PÉ. — Don Lolo no puede dejar en paz a nadie. Y su señoría le ha hecho una calamidad de regalo con ese Código Civil de bobillo. A la menor discusión grita: "¡Enállame la mula!"

SCARÉ. — Para ir al pueblo al galope, irrupir en mi estudio y hacerme girar en redondo, como en un tarrín. Es por eso, joven, que le regalé el Código, para que lo saque del bobillo y lo consulte él mismo. Mientras, yo voy ganando de paz. *(Suspira.)* Sólo el diablo pudo hacerme aceptar una semana de permanencia aquí. Cuando don Lolo supo que el médico me había ordenado unos días de reposo en el campo, me atormentó hasta que acepté su hospitalidad. Yo puse como condición que no se hablaría de pleitos. Pero en estos cinco días me ha llenado la cabeza con la historia de una tinaja, de no sé qué tinaja...

PAPE PÉ. — Sí, doctor, la gran tinaja para el aceite de oliva. La que trajeron de San Esteban de Carnastra, de la fábrica misma. Es hermosa, alta hasta el pecho de un hombre y gorda como una abadeta. ¿Acaso está pensando ponerle pleito al ceramista de allá?

SCARÉ. — Naturalmente. Don Lolo pretende que se la han hecho pagar cuatro onzas y que esperaba fuera más grande.

PAPE PÉ. — ¿Más grande, todavía?

SCARÉ. — No me habla de otra cosa desde hace cinco días. *(El abogado se dirige hacia el sendero de la izquierda, pero se vuelve hacia PAPE PÉ.)* ¡Ah!, pero mañana, adiós, adiós...

(Se oye a lo lejos el grito del Tío DUMA LEONAR: "¡Arreglo lozar y porcelanar!". Por el sendero de la derecha entran TABARA y FILICÓ; traen una escalera y cestas de paja, de las que se usan para cosechar frutas.)

PAPE PÉ *(Al verlos.)* — ¡Ajá! ¿Ya no recogen más?

FILICÓ. — Orden del patrón; tiene que pasar con las mulas.

PAPE PÉ. — ¿Y él les ha dicho que se vayan?

TABARA. — No. Dijo que lo esperemos aquí, para hacer no sé qué en la bodega.

PAPE PÉ. — Para sacar el viejo tonel, seguramente.

FILICÓ. — Sí, para hacerle lugar a la tinaja nueva.

PAPE PÉ. — ¡Ah, bueno! Me alegro que me haya escuchado una vez. Vengan conmigo. *(Sale hacia la derecha con ellos; cuando entran, desde la parte de atrás de la granja llegan TABUZZA, MADRE TANÁ y CAMERÓN, con sus cestas vacías.)*

MADRE TANÁ *(Viendo a los hombres.)* — ¿Terminaron de sacudir los olivos?

gros, que desafia hasta el marullo, cuando ha tomado bien. (A NOCIARELLO.) Corre Nociarello; está junto al cercado de Mosea. Ve a buscarlo.

DON LOLO (Gritando.) — ¡Basta, basta ya! Estoy aturdido. No creo en milagros. Para mí, la tinaja está perdida.

PAPI PÍ. — Yo le previne...

DON LOLO (Cada vez más furioso.) — ¿Qué me previniste, idiota? ¿Su "reklamato" se "tinaja" se rompió sola, aunque se "obtuviera" guafosado en un tabernáculo, se hubiera roto lo mismo.

TABARA (Terminando las conclusiones de DON LOLO.) — ¡Es claro! No digan pavadas...

DON LOLO. — ¡Ese imbécil será mi condena!

FILIPPO (Conciliador.) — Cállese. Usted verá que todo se arregla con unas pocas liras. ¿Y quién no sabe que un cántaro cascado dura más tiempo que uno nuevo?

DON LOLO (Golpeándose la frente.) — ¡Diablos, tengo las malas descargando el estércol! (A PAPI PÍ.) ¿Y tú te quedas ahí, mirándome el blanco del ojo? Rápido, vete a echar una ojeada, por lo menos.

(PAPI PÍ sale como un refago por el sendero.)

DON LOLO. — ¡Ah! Mi cabeza va a estallar. ¿Qué viejo Dima, mi viejo Dima!... Con el abogado es con quien debo hablar. Porque si se ha roto sola, era que tenía un defecto. Sin embargo sonaba como una campana al golpearla con el dedo; yo la probé cuando llegó y la encontré perfecta. ¡Cuatro onzas al río! Ya puedo hacerles la cruz.

(Por la izquierda entra DIMA, seguido por NOCIARELLO.)

FILIPPO. — Ahí lo tiene... el Tío Dima... (DIMA y DON LOLO se quedan mirándose.)

TABARA (En voz baja a DON LOLO.) — Usted sabe... apenas habla.

MADRE TANÁ (Misteriosa.) — El viejo habla muy poco.

DON LOLO. — ¡Ah, sí! (Al viejo DIMA.) ¿Y tampoco acostumbra a saludar cuando se presenta?

DIMA. — ¿Necicita de mi saludo o de mi trabajo? Creo que del trabajo, ¿no es así? Dígame qué hay que hacer y lo haré.

DON LOLO. — Puesto que "hablar" le cuesta tanto esfuerzo, ¿por qué le exige ese esfuerzo a los demás? ¿Ya está viendo lo que tiene que hacer! (Le muestra la tinaja.)

FILIPPO (Conciliador.) — Componer esta hermosa tinaja, viejo Dima, con su famoso cemento.

DON LOLO. — Estos pretenden (señala a los demás), que es casi milagroso... ¿Lo prepara usted mismo?

(El viejo DIMA levanta la vista de la tinaja, la mira y sin responder se inclina junto a las mitades de la enorme tinaja.)

DON LOLO. — ¡Conteste, hombre! A ver ese cemento.

TABARA (En voz baja a DON LOLO.) — ¡Si le habla en ese tono no conseguirá nada de él! No se lo mostrará, no se lo deja ver a nadie... es muy desconfiado!

DON LOLO. — Pero, ¿qué se cree que es? ¿La hontia consagrada? (A DIMA.) Dígame por lo menos si usted cree que una vez compuesta

la tinaja quedará como antes... (Dona pone en el suelo su cemento y saca un pañuelo de algodón azul todo amudado.)

DIMA (Digno.) — ¿Así, en seguida? Yo no creo más que lo que veo. Un poco de paciencia, pora. (Se sienta en el suelo y comienza a desatar nudos de su pañuelo. Todos miran con curiosidad.)

MADRE TANÁ (Bajo, a Don Lolo.) — Eso debe ser el cemento.

DON LOLO. — Siento una ola de rabia que me sube aquí. (Señala el estómago.) (Al final del envolverlo aparece un par de lentes, cuyo pañuelo está estabilizado.)

TODOS JUNTOS. — ¡Oh! ¡Son sólo los lentes! ¡Los lentes! ¡Nosotros creíamos que era el cemento! (DIMA, mientras limpia sus lentes con la punta del pañuelo, examina la tinaja, pasa el dedo por los bordes. Por fin dice:)

DIMA. — Quedará bien.

DON LOLO (Iónico.) — ¡Ah, menos mal!... El tribunal ha pronunciado su veredicto. Pero yo le advierto que por muy sólido que sea su cemento a mí no me basta. Quiero que también le ponga unas lañas. (El viejo DIMA lo mira, sacude sus anteojos en el pañuelo y los pone con rabia en el cemento sin decir palabra.) Y bien, ¿qué hace?

DIMA. — Me voy.

DON LOLO. — Grandísimo cerdo, ¿dónde se cree usted que está?

FELICIO (Reteniéndolo.) — ¡Vamos, tío DIMA, paciencia!

TABARA. — ¡Déle el gusto al patrón! ¿Qué le cuesta?

DON LOLO. — ¡Vean ustedes ese aire a lo Carlomagno! (A DIMA.) ¡Miserable engendro! Pienso llenarlo de aceite, ¿entiende? Con semejante rotura y cemento solamente no aguantará: exijo las lañas.

DIMA. — ¡Todos son iguales! ¡Ignorantes! ¡Ya sea un cincaro, una olla o una taza... todos piden laña. Les ofresco lo mejor y nadie quiere aprovechar. ¿Por qué he de renunciar a hacer un trabajo fino y dentro de las reglas del arte? (Se acerca a Don Lolo.) Escúcheme bien: si esta tinaja suena de nuevo como una campana con el cemento solamente...

DON LOLO. — ¡Ya le dije que no! (A TABARA.) Yo no puedo entenderme con ese pajarraco... ¡Y tú dijiste que habla poco! (A DIMA.) Inútil discutir... Si todo el mundo prefiere las lañas debe haber alguna razón...

DIMA. — ¡Ninguna razón, simplemente ignorancia!

TABARA. — Yo también... será por ignorancia... pero creo que hacen falta las lañas...

TREBUZZA. — Claro, sujetan mejor.

DIMA. — Pero hacen agujeros. ¡No es tan difícil de entender, me parece! Para cada laña dos agujeros. Veinte lañas, cuarenta agujeros. Mientras que con el cemento sólo...

DON LOLO. — ¡Qué cabeza, mi Dios! ¡Es más terco que una mula! (A DIMA.) Aunque hagan agujeros, yo quiero lañas. Y soy el dueño, ¿no es verdad? (Se vuelve hacia las mujeres.) Y bien, vamos... Eh, ustedes lleven las acorturas al granero. (A los hombres.) Y ustedes a la bodega, saquen el tonel viejo. (Los empuja hacia la granja.)

DIMA (A DON LOLO.) — Oiga usted.

DON LOLO. — Hablaremos cuando el trabajo esté concluido. No tengo tiempo para perderlo con usted.

DIMA. — No me deje solo... Necesito que alguien me ayude a sostener los pedazos. ¡La tinaja es enorme!

DON LOLO. — Ah, entonces... (A TABARA.) Tú quédate... (A FILICO.) Y tú ven conmigo.

(Se va con Filico. Las mujeres y Nociareño ya han partido. El viejo Dima se pone a trabajar de mala gana. Saca el taladro de su cinto y comienza a hacer agujeros a los lados de la rajadura.)

TABARA (A DIMA.) — Felizmente lo ha tomado así. Casi no puedo creerlo... esperaba por lo menos el fin del mundo... No se haga mala sangre, Tío Dima. Si quiere lañas, ¡póngale veinte, treinta! (El viejo DIMA lo mira.) ¿Y por qué no más? ¿Veinte y cinco? ¿Total? (El viejo DIMA lo mira otra vez.)

DIMA. — ¿Ves el taladro?... ¿Ves con qué delicadeza lo manejo? Y sin embargo, parece que me taladrara el corazón.

TABARA. — Dígime, ¿es cierto que encontró la receta de su cemento en sueños?

DIMA (Siempre trabajando.) — Ea cierto, en sueños.

TABARA. — ¿Y quién fué el que se le apareció en sueños?

DIMA (Siempre trabajando.) — Mi padre.

TABARA. — ¡Ah, su padre!... ¿Se le apareció y le enseñó cómo había que preparar el cemento?

DIMA. — ¡Mameluco!

TABARA. — ¿Yo? ¿Por qué?

DIMA. — ¿Sabe quién es mi padre?

TABARA. — ¿Quién es?

DIMA. — El Diabli mismo, que un día te devorará.

TABARA. — Entonces, ¿usted es hijo del Diabli?

DIMA. — Y en el caso tengo retina para pegar a unos con otros.

TABARA (No muy tranquilo.) — ¿Es una pasta negra?

DIMA (Siempre con la vista en el trabajo, pero con oc misteriosa.) — No, es blanca. Mi padre me enseñó a prepararla blanca. Ya conocerás su poder cuando te llegue la hora de hervir dentro. Si acercas dos dedos no puedes separarlos más, y si yo acerco tu nariz a tu labio... (Saca la mano y le repulga el labio hacia arriba, acercandárselo a la nariz) te quedas de abisnio toda la vida.

TABARA. — ¿Y cómo es que usted la toca y no le hace nada?

DIMA. — ¡Infeliz criatura! ¿Alguna vez viste que el perro mordiera al amo? (DIMA se pone de pie, arroja su taladro.) Ven aquí... (Le hace sostener el pedazo ya agujerado.) Sostén esto. (Saca una caja de latón blanco del bolsillo, la abre y toca con el índice en una especie de goma blanda.) Mira, ¿acaso se parece a algún otro cemento? (Extra la pasta a todo lo largo de los bordes de los dos pedazos.) Con tres o cuatro dedos de esto ya vería. Sujétala bien fuerte... voy a meterme en la tinaja...

TABARA. — ¿Para qué?

DIMA. — Si quieren que ponga lañas, al menos las pondré por dentro. Espera... *(Saca del canasto un carretel de alambre y una tenaza. Toma uno y otra y se instala en una mitad.)* Tú espera que yo me ubique bien adentro... levantas la otra parte y la aplicas a ésta... suavcito, pero que junté bien... *(TABARA le va haciendo a medida que DIMA hiede y lo encierra adentro de la tinaja.)* Ahora puedes tirar todo lo que quieras, ¡y eso que no hay lañas todavía! ¿Ves? Ya no se separan más. Harían falta diez pares de buques para despegarla... Puedes ir a decirselo a tu patrón.

TABARA. — Pero, tío Dima, ¿está seguro de que ahora podrá salir de la tinaja?

DIMA. — ¿Cómo no? Yo puedo salir de cualquier tinaja.

TABARA. — ¡Es que pareciera que ésta tiene una abertura tan chica! *(Por el sendero de la derecha regresan PARI PÉ.)*

DIMA. *(Desconcertado.)* — ¡No puedo salir!

TABARA. *(A DIMA.)* — Suavemente... Espere... ¿A ver de costado?...

PARI PÉ. — El brazo... saque un brazo primero... *(DIMA saca un brazo y la cabeza, pero no puede salir.)*

PARI PÉ. — ¡Con tremenda paciencia y una boquita ridícula!

TABARA. — Sería gracioso que después de haberla arreglado no pudiera salir... *(Ríe.)*

DIMA. *(Indignado.)* — ¿Te parece que es para reír? Dios, ayúdame a salir de acá.

PARI PÉ. — ¡Esperen! Veamos si volcándola...

DIMA. — ¡No, no! Es la espalda la que tropieza.

TABARA. — ¡Ahí está la cosa! Es que usted tiene un hombro más ancho que otro.

DIMA. — ¿Yo? ¿Ahora soy yo el defectuoso? Recién dijiste que la tinaja tenía una abertura muy pequeña.

PARI PÉ. — ¿Y ahora qué hacemos?

TABARA. — ¡Esta sí que es buena! *(Ríe.)* *(Sale corriendo hacia la granja llamando.)* ¡Fillico!... ¡Madre Taná!... ¡Triduzes!... ¡Carminec! Vengan, vengan todos! ¡El tío Dima no puede salir de la tinaja! *(Llegan por la derecha los sembrador y NOCIABELLO.)*

LAS MUJERES Y NOCIABELLO. — ¿En la tinaja? ¡Ay, qué risa! No puede salir. ¡De veras, no puede! *(Ríen.)*

DIMA. *(Al mismo tiempo que los otros, pero como un gato rabioso.)* — ¡Sáquenme de aquí! ¡Toma ese martillo que está en la canasta!

PARI PÉ. — ¿El martillo? ¿Está loco? ¿Sin que el patrón lo autorice? *(DON LOLO llega por la derecha. Las mujeres le salen al encuentro.)*

FILICO. — El tío Dima quedó encerrado dentro de la tinaja... No puede salir.

DON LOLO. — ¿En la tinaja?

DIMA. — ¡Socorro! ¡Socorro!

DON LOLO. — ¿Y cómo puedo socorrerlo, viejo imbécil? ¡Hubiera tomado la medida de su joroba antes de entrar! *(Todos ríen.)*

MADRE TANA. — ¡Qué lo, pobre tío Dima!

FELICCO. — ¡Es un minoto!

DON LOLO. — A ver, pruebe sacando un brazo primero...

PAULI PÉ. — Es inútil, ya ensayamos de todos modos.

DON LOLO. — ¡Paciencia! Ensayemos otra vez...

DIMA (Furioso.) ¡Déjame en paz!

DON LOLO. — ¿Qué quiere que haga?

DIMA. — Que tomen un martillo y rompan la tinaja.

DON LOLO. — ¿Qué dice? ¡Ahora que está arreglada!

DIMA. — ¿Entonces yo tengo que quedarme aquí dentro?

DON LOLO. — Primero veremos lo que se puede hacer...

DIMA. — ¿Qué quiere ver? ¡Quiero salir de aquí, por Dios!

LAS MUJERAS (A coro.) — ¡Tiene razón!... No se lo puede dejar ahí dentro! Si no hay otra forma de salir...

DON LOLO. — ¡Me van a enloquecer! (Como para sí mismo.) ¡Calma, calma! ¡Es increíble! ¡Tenía que ocurrirme a mí! (A NODARIELLO.) ¡Oye, muchacho! No, mejor tú, Felicco, corre hacia las moteras, encontrarás al abogado, dile que venga en seguida. (FELICCO sube por el pequeño sendero de la derecha. DON LOLO se mueve hacia el viejo DIMA, que se revuelve en la tinaja.) Quédense tranquilo. (A los otros.) Hagan que se quede quieto. Eso no es una tinaja, es una obra del Diablo. (De nuevo a DIMA que se revuelve en la tinaja.) ¡Que se quede quieto, le digo!

DIMA. — Si usted no quiere romperla, lo haré yo mismo, aunque me rompa el cráneo. La haré rodar hasta que se estrelle contra un árbol, ¿me oye? ¡Quiero salir!

DON LOLO. — Espere al abogado. El resolverá el problema. Mientras tanto, me reservo todos los derechos sobre la tinaja y comienzo por cumplir mis compromisos... (Saca de su bolsillo una vieja billetera de cuero y tomando un billete dice): Todos ustedes son testigos, he aquí diez liras en pago de su trabajo...

DIMA. — ¡No quiero nada, sólo salir!

DON LOLO. — Saldrá cuando el abogado lo diga. Mientras lo esperamos le pago. (Levanta la mano con el billete y lo echa por la boca de la tinaja. Por el sendero de la derecha sube el abogado SCARF riendo, acompañado por FELICCO.)

DON LOLO. — ¿Le parece que es cosa de risa? Como se ve que a usted no le va nada... Pero la tinaja es mía.

SCARF (Que no puede dejar de reír en medio de la risa general.) — ¿Pero usted no preten... (carcajada) pretenderá conservarlo ahí dentro, para no perder la tinaja?

DON LOLO. — ¿Es que además del daño voy a tener que tolerar la burla?

SCARF. — Don Lolo, lo que usted pretende tiene un nombre legal: ¡se llama secuestro!

DON LOLO. — ¿Yo lo secuestro? El mismo se secuestró. ¿Yo qué culpa tengo? (A DIMA.) ¿Quién lo obligó a meterse ahí? ¡Salga!

DIMA. — ¡Trate de hacerme salir, si es capaz!

DON LOLO. — ¡Yo no lo puse ahí dentro! Usted se metió. ¡Le ordeno que salga!

SCARÉ. — Señores, ¿me permiten hablar? (Pausa.) El caso presenta dos aspectos. Escuchen bien. Tienen que ponerse de acuerdo. (Dirigiéndose a Don Lolo, primero.) Por un lado, usted, Don Lolo, debe liberar inmediatamente al tío Dima...

DON LOLO. — ¿Cómo? ¿Rompiendo la tinaja?

SCARÉ (Volviéndose al viejo DIMA.) — Y por otra parte, usted, Dima, debe responder por el perjuicio causado a Don Lolo, al entrar en esa tinaja sin averiguar si podría salir.

DIMA. — Yo, señor abogado, no paré atención porque en toda una vida haciendo mi oficio siempre entro para poner las lañas invisibles y nunca me ocurrió el no poder salir. ¡Que se la agarre con el alfarero por hacerle una boca tan pequeña! Yo no tengo nada que ver.

DON LOLO. — ¿Y la joroba que tiene también se la hizo el alfarero? Si le hacemos un pleito al alfarero por la boca estrecha, apenas el juez vea su joroba se echará a reír y me condenará a las costas.

DIMA. — Con joroba o sin ella, arreglé cientos de tinajas y siempre entré y salí como por la puerta de mi casa.

SCARÉ. — Esa no es una razón, tío Dima. Antes de entrar debió asegurarse de que podría salir.

DON LOLO. — Tendré que pagarme la tinaja.

DIMA. — ¿Qué dice?

SCARÉ. — Calma... calma... ¿Pagarla como nueva?

DON LOLO. — Naturalmente.

SCARÉ. — Pero estaba rota.

DIMA. — Yo mismo tuve que arreglarla.

DON LOLO. — ¡Ah, pero la arregló! Entonces estaba como nueva. Pero si la rompo para que salga, ya no se podrá arreglar y habré perdido la tinaja para siempre, señor abogado.

SCARÉ. — ¡Pero déjeme hablar, hombre! ¡Estoy diciendo justamente eso!

DON LOLO. — Hable... hable...

SCARÉ. — Estimado señor Dima: una de dos, o su cemento sirve para algo o no sirve para nada.

DON LOLO (Muy contento, a todas.) — ¿Ustedes oyen?: ¡lo atrapó! Cuando él comienza así...

SCARÉ. — Si su cemento no sirve para nada, usted es un fanfarrón cualquiera. Si sirve, la tinaja tal cual está conserva su precio. ¿Qué precio? Dígalo usted mismo. Haga de taudor.

DIMA. — ¿Conmigo adentro? (Todos ríen.)

SCARÉ. — Nada de bromas... Tal cual esté.

DIMA. — Si don Lolo me hubiera dejado arreglarla como yo quería, no estaría metido aquí. Bastaba con pegarla desde afuera. En ese caso sí, la tinaja valdría casi lo que una nueva. Pero compuesta así, agujereada

como un colador, ¿qué valor quiere que tenga? Apenas si la tercera parte de lo que costó.

DON LOLO (*Rápido.*) — ¿Una tercera parte, dice?

SCIMÉ (*A DON LOLO, haciéndole seña de callar.*) — ¡Quédese quieto! (*A DIMA.*) ¿Un tercio? ¿Es decir?...

DON LOLO. — La pagué cuatro onzas... Un tercio vendrían a ser... ciento treinta liras.

DIMA. — Y menos también, pero ni un centavo más.

SCIMÉ. — Bien, confiamos en su palabra. Tome ciento treinta liras y déselas a Don Lolo.

DIMA. — ¿Yo darle ciento treinta liras?

SCIMÉ. — Para que él rompa la tinaja y le permita salir. Pagará el precio que usted mismo fijó.

DON LOLO (*Complacido.*) — Clarito como agua de vertiente.

DIMA. — ¿Pagar... yo? ¡Qué locura! Prefiero pudrirme aquí dentro. (*A TARARA.*) Tarara, busca mi pipa en la canasta.

TARARA (*Obedece.*) — ¿Es ésta?

DIMA. — Gracias. Dame fuego. (*TARARA prende un fósforo y se lo acerca a la pipa.*) ¡Gracias! Beso las manos a todos. (*Con su pipa humeante desaparece en el interior de la tinaja entre las risas de todos.*)

DON LOLO (*Abrumado.*) — ¿Y ahora qué hacemos si no quiere irse?

SCIMÉ (*Se rasca la cabeza sonriendo.*) — En efecto. había un recurso para arreglar las cosas cuando quería salir... pero ahora...

DON LOLO (*Yendo hacia la tinaja para hablar con DIMA.*) — ¿Qué está tramando? ¿Piensa quedarse a vivir ahí dentro?

DIMA (*Sacando la cabeza.*) — ¡Veré. Por lo pronto estoy mejor que en mi casa. Esto es fresco como el paraíso. (*Se hunde de nuevo en la tinaja, de la que salen grandes bocanadas de humo.*)

DON LOLO (*Furioso, en medio de las risas de todos.*) — ¿Terminaron de reír? Ustedes son testigos de que es él quien se niega a salir para no pagarme lo que me debe. Mientras que yo estoy dispuesto a romper la tinaja. (*Al abogado.*) ¿No puedo procesarlo por violación de domicilio?

SCIMÉ. — No veo cómo. ¿Acaso puedo enviar al alguacil para que lo desaloje?

DON LOLO. — ¿Por qué no? Él me impide usar la tinaja.

DIMA (*Sacando la cabeza de nuevo.*) — Se equivoca, no estoy acá por gusto. Hágame salir y me iré bailando. Pero en cuanto a pagar, ni lo piense... (*Vuelve a hundirse en la tinaja.*)

DON LOLO (*Sacudiendo la tinaja.*) — Con que... ¿no vas a salir?

DIMA (*Sacando la cabeza.*) — ¿Qué me dice del cemento? ¡Y eso que todavía no están puestas las lañas!...

DON LOLO. — ¡Ladrón..., filibustero..., cretino! ¿Quién hizo el zafarrancho, tú o yo? ¿Y todavía pretendes que te pague?

SCIMÉ (*Lleándolo aparte.*) — ¡Calma, calma, Don Lolo!... (*En voz baja.*) Déjelo ahí toda la noche y usted verá que mañana de rodillas, pedirá que lo saque. Entonces..., sus ciento treinta liras o nada. Vámanos de aquí... déjelo (*Se aleja con DON LOLO hacia la granja.*)

DINA. *(Saliente una vez más de la tinaja.)* — ¡Eh, don Lolo!...

SENÁ. *(En voz baja a Don Lolo.)* — ¡No se dé vuelta!

DINA. — Buenas noches, patrón. Aquí tengo diez liras. *(A los otros.)* Festejaremos juntos, que peor estaba Jonás. Tú, Nociarello, ve a lo de Mosa y compra vino, pan, pescado frito y salame; nos daremos un festín. *(Todos aplauden, mientras Nociarello sale.)*

TOCOS JUNTOS. — ¡Viva el tío Dima! ¡Viva la fiesta!

FILICO. — Con esta hermosa luna parece de día.

DINA. — Cantemos todos juntos. Tú, Filico, toca la armónica, y ustedes bailen alrededor de la tinaja. *(Filico saca del bolsillo la armónica y se pone a tocar. Los demás cantan y gritan. Se toman por los menos y bailan en desorden alrededor de la tinaja.)*

DON LOLO *(Poco a poco, la puerta de la granja se abre y Don Lolo sale furioso.)* — ¡Por todos los diablos! Ustedes, ¿dónde se creen que están? ¿En la cantina? Tome, viejo brujo, y ojalá te rompas la nuca... *(Le aplíca un formidable puntapié a la tinaja, que se va rodando por el sendero, en medio de los gritos de todos. Luego se oye el estruendo de la tinaja que se rompe contra un árbol.)*

MARCE TANÁ *(Gritando.)* — ¡Ay! ¡Lo ha matado!

FILICO *(Mirando con los demás.)* — ¡No, ahí está, sólo de entre los pedacos! Se pone de pie; parece que no se ha hecho daño. *(Las mujeres aplauden alegremente.)*

TOCOS JUNTOS. — ¡Viva el tío Dima! *(Lo toman y lo levantan en andar, llevándolo en triunfo hacia la izquierda.)*

DINA *(Agitando los brazos.)* — ¡Le ganó!... ¡Le ganó!...

T E L Ó N